



Pasará la enfermedad
cuando haya pasado todo.
¿Qué opinará la ciudad
de quien obra de ese modo?

CHARLA INSUSTANCIAL

Verdaderamente tenemos una mayoría radical en el Ayuntamiento que no nos la merecemos.

Cuando Lerroux los designó para ocupar las concejalías ya supo lo que se hizo y cuenta que cuando vió coronada su obra exclamó:

—¡Ahí va eso!

Y, según parece, lo dijo con el mismo tono que Allah cuando abrió su mano y dejó escapar las langostas.

Pero las langostas fueron enviadas al desierto y la *Colla* al Ayuntamiento de Barcelona, donde pronto no va á quedar sin roer ni la sombra de Rius y Taulet, pues hasta con ella se atreven.

El pueblo catalán protesta, los radicales de buena fe se muestran arrepentidos de su confianza en las palabras del pontífice y todos se disponen á defender los intereses del común, tan gravemente amenazados.

—¡Esto no puede pasar!—decimos todos.

—¡Vaya si pasará!—piensa Vinaixa, y añade para el capote de Serraclara:

• —Lerroux sabe dónde le aprieta el Gonzalo y como antes se entendía con Moret se entiende ahora con Canalejas. Ante él no hay portela que no se abra, ni romanones que no entre con todas, como la romana del diablo. Podemos estar tranquilos y echar pecho al agua... del Mogent y ampliar nuestra base, ya que no nos faltan materiales de construcción y nos sobra cemento para afianzarlos.

Por su parte, Marcilla, que no pide más sino que no le toquen á la reina de su tablero de ajedrez, Miró ó Vinaixa con los *Morros* sonrientes y *Guñalons* el ojo á Lladó, limitóse á decir:

—Hágase el milagro y sea por Dios ó por *Santa María*. ¡*Ora pro nobis!*!

Ello es que los negocios municipales se tuercen tanto como el gesto de las gentes de buena fe y de recto sentido cuando oyen las teorías del señor Mir y Miró acerca de la honorabilidad que pueden representar los procesos por estafa y su manera de calificar á los que quieren que un certificado de la Audiencia ponga en claro la situación de don Gonzalo de Rivas.

Calumniadores, les llama.

¡Hombre! Espere usted á que conteste la Audiencia, no sea que tenga usted que retirar la frase de calumniadores y tenga que decir mirando á sus amigos:

—Soltad otro, porque á este lo han inutilizado.

Lo que hará pensar á muchos que cuando el señor Mir y Miró cree estar en el Edén está en el Limbo.

El éxito de aquellos festejos, cuya memoria nos es tan cara, dió ánimo á estos señores y no hay mercados en que no se metan, ni maderas que no pretendan roer.

¡Puede estar orgulloso don Alejandro el Conquistador de... automóviles!

¡Razón sobrada ha tenido don Toribio para no sacar la lengua!

Y razón ha tenido el marqués de Mariana para ponerse malo y aguardar, cómodamente sentado, á que descargue el agua de este nublado.

Y vean ustedes lo que son las cosas. El agua, que sirve para lavar todo, en esta ocasión viene á servir para poner más sucia de lo que lo estaba la ropa lerrouxista.

¡Muy turbias deben ser las aguas de este negocio y muy espeso el negocio de estas aguas!

Más que agua, parece una vinaixa, que, no siendo agua ni vino, viene á quedarse en conatos de vinagre.

Ello es que nuestros ediles, es decir, los ediles de Lerroux, han confeccionado unos presupuestos que acreditan de verdadera, legítima é indiscutible *Colla de la gana* á sus autores.

Si se aprobaran, ya verían us-



—Y a nosaltres, ¿qué no's en tocará res d'aixó de les algües?

—¿Qué no'n tenui prou amb els eialgons?



Baile celebrado por la colonia francesa en el Mundial Palace

tedes cómo no había individuo de esa agrupación que se quedara sin automóvil, que para eso y para mucho más puede dar el presupuesto.

Entretanto, con alguna cuchufleta efectista en el Congreso y algunas frases huecas en la Prensa, se va entreteniendo á los tontos, como hacen los prestidigitadores cuando pretenden distraer al público mientras urden la trampa.

¿Qué Canalejas está en el ajo?
¡Es muy posible!

El gobernador y el alcalde lo dirán muy pronto, y si no lo dicen, seremos nosotros los que diremos que el que calla otorga.



SOLFANELLO.



Fiesta ciclista que se celebró el domingo último en esta ciudad



Visita hecha por el ministro de Estado, señor Calbetón X, al pantano de Riudecañas



El notable calculador Inaudi, que instantánea y mentalmente resuelve las más difíciles operaciones aritméticas. Durante una corta temporada realizará su maravilloso trabajo en el teatro Soriano

(¡ CALMA !)

¡Pero qué de ligero
se van ustedes!
¡Qué pronto y cuán sin base
cantan victoria!

Tengan calma y paciencia
vuestas mercedes,
que ahora es cuando comienza
la negra historia

¿Creéis ahogar el asunto
con esas frases
que son el repertorio
de gent: inculta,
imprimiendo al asunto
grotescas fas s?
Pues creed, joh, sacristanes!
que no resulta.
No toméis un informe
por argumento,
si el informe, en resumen,
no dice nada.
La verdad no ha triunfado
por el momento;
pero veréis que marcha
bien encauzada.
Nosotros esperamos
tranquilamente
á que los tribunales
dicten el fallo,
queriendo que recuerde
toda esa gente
que en asunto tan grave
peor es meneallo.

Calma, neos rabiosos,
calma y paciencia
y escuchad un consejo
de pecho honrado:

El que apela al insulto
y á la violencia
es capaz de mancharse
ó se ha manchado.
¿No veis que al leer tan torpe
lenguaje horrendo,
ante el cual las blasfemias
son un idilio,
creen todos que el que lo usa
está pidiendo



Nueva estación ferroviaria de Riudecañas, á cuya inauguración asistió el ministro de Fomento

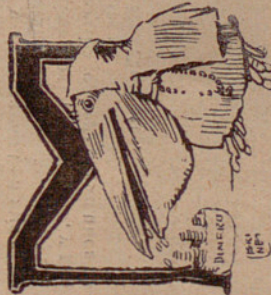
TRECE A LA MESA

R. Bricard, después de haber fabricado guano artificial durante treinta años, se retiró de los negocios con una bien redondeada fortumita.

Tras pasó su fábrica de la llanura de Saint-Denis y se estableció en Epinay, en donde se hizo construir un castillo de estilo moderno que no tenía igual.

En aquella morada todas las disposiciones adoptadas por el arquitecto parecían otros tantos retos lanzados al sentido común.

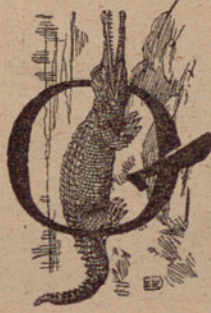
El cuerpo principal estaba formado por ángulos yuxtapuestos sin ningún orden; las ventanas, ya ojivales, ya elípticas, estaban adornadas con extraños dibujos; las paredes estaban llenas de caras estrambóticas con cuernos; en el interior las habitaciones tenían la forma de triángulos y



CLOCHETTE

Los extraños son esos recuerdos del pasado que persisten en nuestra memoria, sin que podamos sustraernos á ellos! El que hoy trató de evocar es tan viejo, tan viejo, que no alcanzo á comprender cómo ha quedado impreso en mi alma tan indeleblemente. Después de este suceso he visto tantas cosas siniestras, conmovedoras ó terribles, que me admiro de no poder pasar un día, un solo día, sin que la imagen de la madre Clochette deje de retratarse en mi memoria tal como la conocí entonces, hace mucho tiempo, puesto que yo no tendría arriba de diez ó doce años.

Era la protagonista de mi cuento una anciana costurera que venía una vez por semana todos los martes á reparar la ropa blanca en casa de mis padres. Estos habitaban una de esas casas de campo llamadas castillos, que son sencillamente antiguas fincas de tejado en forma de pirámide, de la





que dependen cuatro ó cinco construcciones de mampos-
ría agrupadas á su alrededor.
El pueblo, un pueblo grande
con honores de ciudad, se di-
visaba á unos doscientos ó
trescientos metros, envolvien-
do por completo á una iglesia
de ladrillo encarnado que el
tiempo habia ennegrecido por
completo.

Todos los martes, como he
dicho, la madre Clochette lle-
gaba entre seis y media y sic-
te de la mañana y subía acto
seguido á la habitación que
tenia destinada para su traba-
jo. Era una mujer alta, delgada, barbuda, mejor dicho, pelu-
da, pues tenia todo el semblante cubierto de una espesa ma-
raña de cabellos; era aquello una barba fenomenal, sorpren-

BRU
NET

penetraban en los tejidos. Apenas se quejaba y sólo de cuan-
do en cuando murmuraba con admirable resignación:

—¡Bien castigada he sido!

Llamé á sus padres y les hice crear la fábula de un ca-
rruaje mal conducido que habia derribado y atropellado á
la joven frente á mi casa. Dieron crédito á mi patraña y du-
rante un mes la gendarmería buscó en vano al autor del ac-
cidente.

Conque... negadme que esta mujer fue una heroína de la
raza de aquellas que han llevado á cabo las más bellas ac-
ciones, haciéndose acreedora á figurar en la historia de los
pueblos.

Este fue su único amor! ¡Ha muerto virgen! ¡Era un alma
grande, una mártir, una *Sacrificada* sublime!... Si no la ad-
mirara fervorosamente, no hubiera contado esta historia,
que hasta ahora no ha salido de mis labios por razones fáci-
les de comprender.

Calló el médico. Mi madre lloraba. Mi padre pronunció al-
gunas palabras que no llegaron distintamente á mis oídos;
acompañaron al doctor, que se marchaba.

Y quedé arrodillado tras de mi oratorio, sollozando, y poco
después oí extraño ruido de martillazos seguido de unos pa-
sos pesados que bajaban la escalera.

Era que se llevaban el cuerpo de Clochette.

GOY DE MAUPASSANT.

una celda gratuita
de San Baudilio?
¡Oh, neos enfurecidos,
tened la lengua

y hasta la... inútil pluma
dejad en ocio,
mirad que estáis expuestos
à mayor mengua

cuando se haya aclarado
todo el negocio!

AUTENCIO.

¡ABAJO LA GRASA!

Aquel articulejo mío titulado «Los gordos» me ha valido; entre otras cartas, la de una gentil y desconocida señora, la cual me dice:

«He sufrido una gran decepción al leer su artículo. Lectora constante de sus libros y escritos, me había yo imaginado que era usted un hombre alto, enjuto, un manojo de nervios rebozado en bilis, de mirada enérgica y brillante, y que si usaba usted bigote tenía éste que ser forzosamente negro y crespo como el de un cepillo de limpiar botas.

¡Y ahora resulta que pesa usted *ciento diez kilos!* Usted no es una persona, sino un carro de transportar carne. Estará usted hecho un verdadero mamarracho... Seguramente que olerá usted muy mal...»

Otra me dice:

«¡Qué chasco! Me habían dicho que era usted rubio, delgado, con ojos verdes, flexible como un junco y dotado de una fuerza hercúlea que...»

Yo siento desvanecer ilusiones y que la maldi-



HERÁLDICA LERROUXISTA. — El nuevo escudo de la ciudad.



Servicio militar obligatorio.

ta gordura me haya enajenado la simpatía de estas lectoras; pero la verdad ante todo. A la primera debo decirle que el retrato que se había forjado de mí era una creación de su fantasía y nunca el autor de unos escritos corresponde á la figura de que crea nuestro delirio. Imagínese un tonel de cerveza de seiscientos litros, ó un colchón sin bastas, coronados por una calabaza aplastada, á los cuales sirven de piernas dos limpiadientes. Pies enormes, que calzan el 55; brazos cortos é inflados como botos y terminados por unas manos que recuerdan las de vaca. Ojos diminutos y hundidos,

como los tocinos; pelo ralo, cara afeitada y con cinco pliegues ó más en la papada. Todo esto cubierto con unos doce metros de paño y un sobretodo que, en caso de apuro, puede servir de tienda de campaña. Ese soy yo, y no erró la lectora al calificarme de *mamarracho*. Respecto á si huelo mal ó bien, eso no lo sé. He preguntado á mi ama de llaves Sinforosa; pero como carece de olfato, me ha dicho que ella no ha notado nada. Por tanto, para salir de esta duda angustiada yo me prestaré de buen grado á que mi amable comunicante me huela cuanto quiera y en donde quiera. Lo grave



Futuros reclutas.

de la cosa bien merece la pena de este experimento.

A la otra lectora, que, por lo visto, le tiran los rubios, le manifiesto que soy negro como la pez, de unos ochenta centímetros de estatura, con ojos de color de castañas asadas, con las córneas del tamaño de un huevo, y que mis fuerzas están ¡ay! tan gastadas que no estoy para muchas escaramuzas... De modo que borre usted en absoluto todo eso del Hércules...

Las lamentaciones justificadas de un gordo no tienen fin. Si entra usted en un tranvía, todos los

pasajeros le dirigen miradas furibundas de odio, y murmuran imprecaciones en voz baja.

Llega una señora muy encopetada, jadeante, y, al ver llenos los asientos, dice:

—Cobrador, ¿hay sitio para mí?

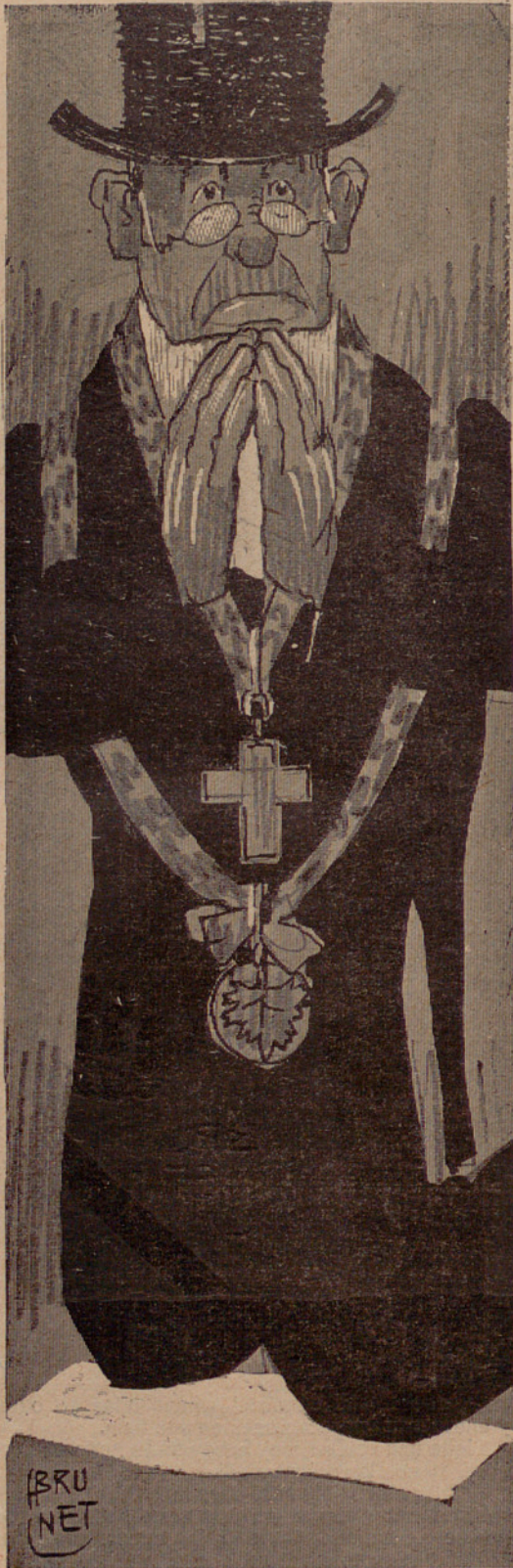
El cobrador dirige miradas como puñales á los pasajeros, extiende la mano, los cuenta como borregos y responde:

—Sí, señora; en la derecha *faltan* dos asientos.

La señora se dirige hacia aquel punto y los pasajeros no se mueven.

—¿Hace usted el favor de correrse un poco?

BRUNET



SEMANA - SOCIAL

—Hija, no puedo; estoy prensada—le contesta una mujer.

—Yo no me puedo mover. Vea usted cómo llevo las piernas.

—Claro, como en el tranvía se meten *elefantes* en vez de personas...

Esta *indirecta* es para el gordo.

—Hay *bultos* que debían pagar tres billetes.

El cobrador interviene y se dirige al gordo:

—Caballero, estréchese usted... Está usted ocupando tres asientos.

—¿Es posible?

—Sí, señor; aquí *cogen* once y sólo van ocho.

—Pero si no me puedo menear...

—No haber engordado tanto. Señora, siéntese usted aquí.

La señora, malhumorada, se deja caer como una montaña encima de los muslos del gordo, le pisa las botas, le mete un codo por el estómago y el obeso tiene que levantarse y salir a la plataforma dando tumbos entre las risotadas y el *chungueo* general.

—¡Chica, el bólido!

—¡Cuidado con la bomba!

—¡Quién tuviera todos los años un *tocino* de este calibre!

En fin, que dan ganas de ponerse de rodillas ante los pasajeros y decir:

—Respetable público, ¡perdón! Prometo adelgazar de aquí en adelante.

Yo no voy al teatro más que los domingos por la tarde, como las criadas. El domingo pasado caí en la tentación de ir al Apolo a ver un drama *educativo* del señor Fola. Las butacas de todos los teatros se han hecho por el patrón de las *arengadas*; pero las del Apolo se hicieron para obleas. ¡Válgame Dios y qué apuros pasé! Primero metí la cadera derecha y luego probé a embutir la izquierda; pero era imposible. El acomodador me puso las manos sobre los hombros y apretaba con todas sus fuerzas hacia abajo. ¡Ni por esas! Yo sudaba tinta. Una señora que estaba a mi lado con su esposo me dice:

—Caballero, me está usted metiendo el brazo por un *vaco*...

Y es natural, el marido me mira como un Otelo.

La vecina de la derecha grita como una furia:

—¡Me está usted poniendo la falda hecha una pasa!

El público de la galería se impacienta porque estos murmullos le impiden oír lo que cuenta una duquesa que ha sido enterrada viva, y uno grita:

—¿Se ha escapado el *Avi* del Parque?...

Risa general. Todo el mundo me mira. Quiero salir de aquel suplicio y no puedo porque he entrado en la butaca como una cuña. A mis esfuerzos oscila toda la fila de butacas.

—¡*Noya*, el terremoto!

—¡Que traigan la grúa *grossa* del muelle!

—¡Fuera hipopótamos!

Hago un esfuerzo supremo y salgo de aquel pozo con el cuerpo magullado, congestionado, los brazos doloridos y un bolsillo de la americana hecho trizas. Al verme en pleno Paralelo respiro, dilato mis pulmones y lanzo este grito, que encarna todo un mundo de odios y rencores:

—¡Abajo la grasa! ¡Abajo!

Un grupo de mujeres que pasa me miran asombradas y una de ellas dice en voz baja a sus compañeras:

—¡Pobre señor! Debe estar loco de remate...

FRAY GERUNDIO.

—¿Qué hacéis aquí arriba, Sigisberto?

Viéndose sorprendido el joven pasante, muerto de miedo, respondió estúpidamente:

—He subido para descansar un poco... sobre los montones de paja, señor Grabu.

El granero era grande, alto de techo y muy oscuro. Sigisberto empujaba hacia el fondo á la asustada joven diciéndola en voz baja:

—¡Escondeos, escondeos en un rincón; voy á perder mi colocación; salvadme; esconded-osi!

El maestro, que oía murmurar al joven, le preguntó:

—¿Hay alguien ahí con vos?

—No, señor Grabu.

—¿Con quién habláis, pues? ¿Estáis de veras solo?

—Os juro que sí, señor Grabu.

—Esto es lo que voy á saber pronto—repitió el viejo.

Y, cerrando la puerta con doble vuelta de llave, bajó á buscar una luz.

Entonces el joven, un cobarde como muchos de estos Tenorios, perdió la cabeza y con ademán furtoso, como si acabara de volverse loco, dirigiéndose á la joven:

—Pero... ¿qué hacéis que no os ocultáis?—exclamó—. Si os encuentran aquí será la pérdida de mi destino, de mi carrera, del pan de toda mi vida... Escondeos, pues, donde no os vea. Se oyó la llave girar de nuevo en la cerradura.

Hortensia corrió á buscar el tragaluz que caía sobre la calle, lo abrió bruscamente y con voz baja, pero resuelta:

—Venid á recogerme cuando se haya marchado el señor Grabu—dijo.

Y se precipitó por la ventana á la calle.

El señor Grabu no encontró á nadie y, muy sorprendido, volvió á bajar.

Un cuarto de hora más tarde Sigisberto entraba en mi casa y me relataba la aventura. La joven había quedado al pie de la pared, incapaz de moverse, por haber caído de la altura de dos pisos. Marchamos ambos en su auxilio. Llovía á cántaros y hubimos de conducir á la desgraciada joven á mi casa, donde le aprecié la fractura de la pierna derecha por tres sitios, y traté de calmar los atroces dolores que le producían las numerosas esquivas de los huesos rotos que le

dente, colocada en forma de bosqueillos inverosímiles, de tufo rizados, que parecían sembrados por una mano caprichosa sobre aquella inmensa carátula de gendarme con papalina. Tenía vello sobre la nariz, bajo la nariz, en la barba, en las mejillas, y sus cejas, de una longitud y de un espesor extraordinarios, grises, estufadas y erizadas, parecían un par de bigotes colocados allí por equivocación.

Además de esto, cojeaba, no como suelen hacerlo los heridos que generalmente vemos por las calles, sino como un buque anclado. Cuando se apoyaba sobre la pierna útil, su gran cuerpo huesoso y desquiciado parecía inclinarse para flotar después sobre una ola inmensa, y de repente se sumergía como si fuera á desaparecer en el abismo, abierto á sus pies. Su marcha daba idea clara de una tempestad, pues al mismo compás de aquel balanceo su cabeza, cubierta siempre de una enorme y blanca cofia, cuyas cintas caían sobre su espalda, parecía cruzar el horizonte de Norte á Sur y de Sur á Norte á cada uno de sus movimientos.

Llegué á encariñarme con la madre Clochette. Apenas me levantaba del lecho subía á la habitación, donde la encontraba cosiendo, con un calentador bajo los pies. En cuanto llegaba me obligaba á tomar el calentador y á disfrutar de su fuego para que no me constipase en aquella inmensa habitación helada colocada bajo el tejado.

—Aquí se hiela uno como un pájaro—me decía.

Y después me contaba historietas, sin dejar de mover la aguja entre sus dedos largos y disformes, que todavía estaban ágiles; sus ojos tras de sus gafas de abultados cristales, á propósito para su vista, que la edad había debilitado, me parecían enormes, casi dobles y llenos de un misterio incomprensible.

De las cosas que recuerdo perfectamente me decía entonces, conmoviendo mi alma infantil, deduzco ahora que aquella desgraciada tenía un corazón generoso y magnánimo, donde cabían las grandes y las pequeñas acciones. Me contaba los sucesos del pueblo con un colorido tal, que impresionaban mi imaginación sencilla; á veces era una vaca que se había escapado del establo y que á la mañana siguiente había sido hallada frente al molino de Prósper Malet, mirando el bracear de las aspas de madera; otras era la historia de

un huevo de gallina descubierto en el campanario de la iglesia, sin que jamás se hubiera llegado á saber cómo había llegado allí el ave que lo había puesto; ó bien el cuento del perro de Juan Pillas, que había recuperado el pantalón robado á su dueño por un transeunte á diez leguas del pueblo, en el momento en que el ladrón secaba la prenda mojada por una larga caminata bajo la lluvia, delante de la puerta. Me contaba estas sencillas aventuras de tal manera, que en mi imaginación tomaban proporciones colosales y dramáticas; tenían para mí la forma de misteriosos y grandilocuentes poemas inolvidables. Los ingeniosos cuentos inventados por los novelistas y que por la tarde me narraba mi buena madre no tentan el dulce sabor, la frescura típica, el gran interés de los recitados por la vieja aldeana.

Ahora bien; un martes, cuya mañana había transcurrido para mí oyendo con interés las narraciones de la madre Clochette, al llegar la tarde y después de haber estado en el bosque de los Hallets, detrás del cercado de Noitpré, cogiendo avellanas en compañía de uno de los criados, quise volver á subir á la habitación donde trabajaba la buena anciana para entablar de nuevo conversación con ella. Me acuerdo de esto tan perfectamente como si hubiera sucedido ayer.

Al abrir la puerta de la vasta pieza descubrí el cuerpo de la vieja costurera tendido á lo largo en el suelo, al lado de su silla, la cara pegada al pavimento, los brazos extendidos, teniendo aun la aguja en una mano y en la otra una de mis camisas. La pierna sana había quedado extendida sobre la silla, mostrando la media azul, y las aniparras brillaban junto á un rincón, donde, sin duda, habían ido á parar con la violencia del golpe.

Eché á correr, lanzando agudos y desesperados gritos; acudió la gente, y por lo que luego sucedió, comprendí en seguida que la madre Clochette había muerto.

No puedo expresar la profunda y terrible emoción que se apoderó de mi infantil corazón. Bajé lentamente al salón y fui á esconder mis lágrimas en un rincón oscuro, tras de una antigua y señorial poltrona, donde me arrodillé para rezar. Así estuve sin darme cuenta hasta que llegó la noche.

Pronto entró gente con luces y, aunque no vi á nadie, pude oír á mis padres hablar con un extraño en cuya voz co-

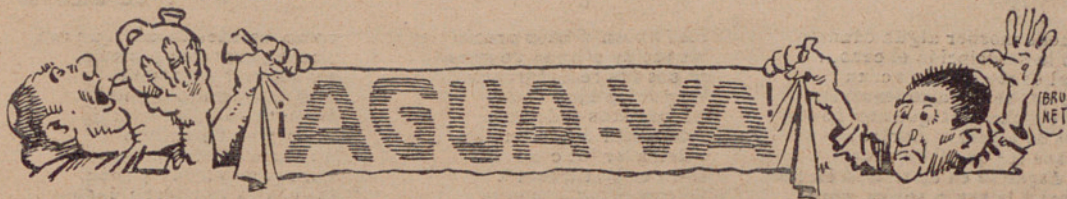
nocí al médico de la casa. Le habían ido á buscar enseguida y, á pesar de todo, había llegado tarde; me pareció que explicaba las causas del accidente; pero no pude comprender nada. Después se sentaron y aceptó una copita de jerez y unos bizcochos.

El doctor tomó la palabra; lo que entonces dijo quedó grabado en mi alma de tal modo, que ni aun la muerte podrá borrar la impresión que sus frases me produjeron. Podría reproducirlas tal como las pronuncié entonces.

—¡Ah!—decía—¡pobre mujer! Fue una de mis primeras clientes. Se rompió la pierna el día de mi llegada; acababa de bajar de la diligencia y aun no había tenido tiempo de lavarme las manos cuando vinieron á solicitarme con urgencia para un caso grave. La enferma era ella. Tenía entonces diecisiete años y era hermosa, espléndidamente hermosa. Parece mentira; nadie lo creería al verla ahora... ¿verdad? En cuanto á la historia del suceso jamás la he referido y nadie la sabe más que yo y alguien que ya no vive en el pueblo desde hace tiempo. Ahora que ha muerto, puedo ser indiscreto y confársela.

En la época á que me refiero acababa de llegar al pueblo un joven, pasante de maestro, dotado de hermosa presencia y más presumido que un cadete. Todas las muchachas se volvían locas por él, que parecía hacerse el desdichoso, quizá por miedo á su jefe, el maestro Grabu, que era hombre serio y con cara de pocos amigos.

El señor Grabu empleaba ya como costurera á Hortensia, que era el nombre de la que ha muerto hoy en vuestra casa, apodada *Clochette* después del accidente que la dejó inútil. El pasante distinguía á la linda muchacha, que, lisonjada, sin duda, por las atenciones de que era objeto por parte del inexpugnable manco, acabó por abandonarse á su amor y concederle una cita en el granero de la escuela uno de aquellos días de costura, una vez terminada su tarea, á primera hora de la noche. Al efecto, se despidió, simulando volver á su casa, pero en lugar de bajar la escalera y salir á la calle, la subió y fué á ocultarse entre los haces de heno para esperar á su amante. Pronto se le reunió, y cuando empezaban á cambiar sus impresiones amorosas, la puerta del granero se abrió bruscamente y el maestro de escuela apareció en el dintel preguntando:



A pesar de los esfuerzos de los cuatro mitrados que se han reunido en Barcelona, la *semana socia* pasa desapercibida para el público.

Las cuatro beatas de siempre, los cuatro luises perpetuos y... fortuna que no se han quedado en tres.

Pueden despacharse á su gusto los oradores, convencidos de que hablan entre gentes de confianza.

Y si dicen algo extralegal el gobernador puede repetir:

—Por mí todo se concilia si el público es tan escaso.
¡Son pláticas de familia de las que nunca hice caso!

Me dice un amigo que don Gonzalo de Rivas está que echa las muelas con El Diluvio.

Don Gonzalo es hombre muy prudente y cuando echa las muelas sabrá lo que se hace.

Pienso que su decisión no tiene nada de fútil.
Si el *proyecto* va al montón arrojará, con razón, cuanto le resulte inútil.

El señor Callén, pretendiendo defender las proposiciones de don Gonzalo de Rivas, quiso entrar en el campo de los números, con tan poco acierto, que necesitó el apoyo del señor Vinaixa, que no estuvo más oportuno.

Y es que las matemáticas lerrouxistas no encajan en todas partes.

Mas nunca confesarán los amigos de Callén que sus cifras se ahogarán en las aguas del Mogent.

El agua es la higiene de una ciudad; pero cuando se pagan 63 000,000 por unas aguas que no se sabe si existen, y que además están plagadas de microbios lerrouxistas, ¡son una epidemia!

El señor Mir y Miró considera cosa de poca monta el haber estado procesado por estafa un individuo que pretende celebrar contratos con el Ayuntamiento.

Mire usted, señor Miró, que vamos á pensar mal del... maestro que le enseñó tales reglas de moral.

—Y luego, si hemos de ser justas, convendremos en que esa niña es más digna de envidia que de compasión.

Quien nos dice estas palabras es una virgen de la recluta obligatoria, á quien le pesa la virginidad más que los cuarenta años que hace que la lleva á cuestras.

Yo me callo pensando en los disgustos que cuesta la virtud y digo en mis adentros: ¡Cuántas beatas pensarán como tú!

El editor López ha sido felicitado por una revista que afirma que se ha purificado por haber quitado la dedicatoria á Roca y Roca en la última edición que ha hecho de las obras de Bartrina.

Nos parece la felicitación un poco injustificada, porque si Bartrina puso tal dedicatoria á su trabajo, ¿quién es López para quitarla?

Si es así cómo lava sus pecados el propietario de *La Esquella* ¡medrados estamos!

Mal anda López de juicio si de conocer no acaba lo gordo de su pecado por la gente que lo alaba.

Lerrouxistas si les dan para que roan un hueso. Del Comité de Molestia si éste les da algún dinero porque hagan una campaña que favorezca á los neos. De la izquierda catalana si se piensan que con ello

Recibi del Sr. Administrador del diario El Diluvio la cantidad de dos mil setecientas diez pesetas 20 cent. ~~por~~ producto total de la suscripción abierta á mi favor por dicho periódico.

Barcelona 4 de Noviembre de 1910

Francisco Saucedo

Son p. tas. 2710,20=

Reproducción del recibo otorgado por la madre de la niña Montserrat Iníguez, atropellada en el convento de Santa Isabel, de Gracia.

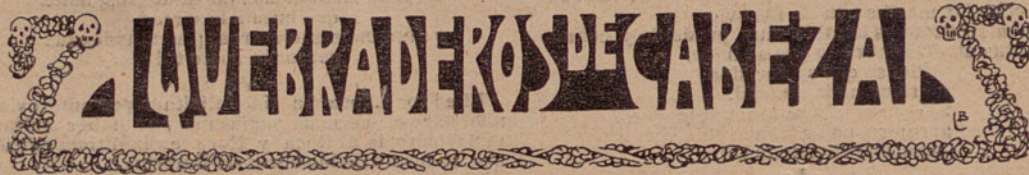
puede morder algún cándido de la suscripción el cebo... Tal es siempre la actitud de dos semanarios muertos, que dicho está que han de ser los de López el librero, ó sea los que *Campana* y *Esquella* en un tiempo fueron, pues á la sazón son mías que galvaniza su dueño. Los dos papeluchos ¡claro! indignados por el éxito de *El Cucut* y de *El Papitu*, que mala muerte les dieron, muerden, muerden ¡miserables! siempre de diestro á siniestro, creyendo que el puntapié que se les dé en el trasero les servirá de reclamo y les dará algún aliento. ¡Infelices! ¡Infelices! No saben que están tan muertos, que ni un *mi agro* siquiera pudiera á flote ponerlos. Ya pueden poner en venta,

cual hacen, á bajo precio las sucias plumas de ganso de sus dos redactorzuelos. Ya pueden ejercer de lerrouxistas ó de neos y defender á Lerroux y defender los conventos. Todo es inútil, inútil. No conseguirán con eso satisfacer las facturas aplazadas desde há tiempo. No se librarán del hambre desencadenada en ellos, ni evitar podrán la quiebra del ex payaso librero. Todo Barcelona sabe que los que en un tiempo *u ron* *ésque la y Campana*, son á la sazón dos cencerros que su dueño el hambón López debiera llevar al cuello.

Dicen los naturalistas que el cerdo, gorrino ó puerco,

como ustedes llamar quieran, puede pasar mes y medio sin beber y sin tomar ni el más ligero alimento. Debe tan sin par ventaja el cochino animalajo á sus suculentas magras y á sus mantecas y sebo, las cuales van derritiéndose y dando alimento al cerdo que mientras que tiene carnes que perder, puede ir viviend.

Preguntar á los lectores por qué sacamos á cuento esa singularidad de la vida de los puercos. Es, señores, muy sencillo: tal cosa á cuento traemos para demostrar que López, el editor, que está hambriento, con sus carnes y sus grasas puede vivir algún tiempo.



ROMBO

de Salvador. D. Zarroca.

0
0 0 0
0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0
0 0 0
0

LOGOGRIFO NUMÉRICO

de Nick-Cartró.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 = Antiguo rey.
8 5 1 7 4 5 8 7 = Util de jardinero.
4 5 6 7 3 4 7 = Petición.
6 7 4 5 8 7 = Residuo del árbol.
6 2 5 8 7 = Grito subversivo.
6 5 3 2 = En el hotel.
3 5 9 = Clerical.
1 5 = Consonante.
4 = I.

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que leídas vertical y horizontalmente expresen: 1.º, consonante; 2.º, río; 3.º, verbo; 4.º, nombre masculino; 5.º, condición; 6.º, en el mapa, y 7.º, vocal.

CHARADA RÁPIDA

de Jaime Basas.

1.ª 2.ª 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, vocal; 5.ª, verbal; todo, nombre de mujer.

PÍDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.



ROB DEPURATIVO XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

=====O=====

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar al enfermo todas las enfermedades **HERPÉTICAS** (tanto internas como externas), irritaciones de garganta, riñones, escrófula, forunculosis, etc.

Si queréis conservar la Salud y la Belleza tomad el Rob Xarrié

DE VENTA en todas las principales farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.

RONDA UNIVERSIDAD · 31

(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

· BARCELONA



¡¡Tuberculosos!! **¡¡Anémicos!!** **¡¡Neurasténicos!!**

NO DESESPEREIS hasta haber probado nuestro tratamiento especial

CURARÉIS SI NOS CONSULTAIS Á TIEMPO

CLÍNICA del Dr. CROUS, CARMEN, 56, principal.



Eterno ideal de la Colla:
la conquista de la olla.